

Bienvenidos, bienvenidas:

Recorrer de un extremo a otro la geografía del país, permite contemplar su belleza y su diversidad. El Caribe bañado por el océano Atlántico, con sus gentes repletas de alegría y sus ritmos que contagian de pasión por la vida. El mismo que ve indignado, como los niños Wayú mueren de hambre y los más pobres de las orillas cartageneras carecen de posibilidades para vivir con dignidad.

El Pacífico, que se ha formado al son de los arrullos y acunado por las mujeres negras de nuestra tierra, sabe de resistencia y osadía. Ese Sur de culturas entrañables y tradiciones milenarias, tan golpeado por la violencia, ve desangrarse a sus jóvenes y asiste impotente al espectáculo de la explotación minera.

Los Andes con sus colinas verde esperanza y sus pueblos como faros en la cima de las montañas, rememorando los esfuerzos quijotescos de antaño y entonando bambucos, entre añoranzas de paz y consignas de progreso y bienestar. Esa región andina que sabe de dolores, porque ha visto tantas veces desfallecer a sus hijos tras el poder aplastante del narcotráfico y la corrupción.

La Orinoquía, con sus extensos llanos y esa frontera indescifrable que nos une a Venezuela en su dolor y en su resistencia. Esa región de misterio incalculable que a primera vista embriaga y que a ritmo de joropo y zapateo nos va narrando historias de sueños truncados tras banderas de insurgencia.

La Amazonía, con su verde selva y esa extensión territorial inmensa y virgen, que solo conquista quien se atreve al riesgo y a caminar en despoblado. Ese territorio donde los tambores cuentan las leyendas más antiguas y en el que hombres, mujeres y niños dialogan con la naturaleza, conocen los secretos de las plantas y añoran la armonía del origen.

Nuestra Colombia, la patria que espera y acoge. A la que llegó en el mes de marzo de este año el eco de una buena noticia, capaz de modificar el ritmo de las cosas y de abrir en las agendas un espacio a la esperanza.

La porción de geografía que recibió en septiembre al Pastor, que con claridad de hermano, supo pronunciar palabras que hicieron arder el corazón y motivaron continuamente a la alegría.

La tierra de los titulares que totalizan y en ocasiones polarizan. La patria en la que con frecuencia nos vestimos de colores y consignas que nos dividen; la misma que pretende politizarlo todo y a la que llegó vestido de fraternidad y para tender puentes de comunión el Papa Francisco.

Y allí, en cada parcela de esta tierra, por los caminos y *en salida*, la Vida Religiosa Colombiana. Capaz de convocar y congregarse; de servir y comprometerse; de anunciar y denunciar; de acompañar e implicarse, de jugarse la vida por el Evangelio.

Nuestra Vida Religiosa frágil y necesitada de expresiones que la hagan cada vez más auténtica, de pequeños gestos que la anclen como signo de esperanza en medio de los pobres; de signos que la hagan más creíble y elocuente, capaz de dialogar con la cultura y con la ciencia y de sentarse serena y simplemente en las plazas y en los parques, en todo pequeño areópago donde deba resonar la voz de Dios.

Nuestra Vida Religiosa con un mensaje claro e inequívoco, que motive a la comunión, y haga posible que la dignidad humana no se negocie y se trabaje incansablemente por el bien común.

Colombia, la tierra del conflicto prolongado, necesita que resuene la palabra que nos devuelva la memoria del amor en el que hay lugar para todos, de ese en el que todos confluimos en condición de hijos y que es capaz de restaurar la dignidad y la posibilidad. El amor que sana y libera. El amor que nos lanza más allá de nuestras propias fronteras y nos capacita para el perdón, la reconciliación y el encuentro. El amor de Jesús.

Esta patria requiere que nos ejercitemos en una mirada creyente y esperanzada de la realidad, en la que no haya lugar para los *pesimismoes estériles*, ni para las pasividades. Requiere que sepamos ver con los ojos de Dios, conscientes de los graves problemas que nos aquejan y receptivos a la acción del Señor que entre nosotros es capaz de “hacer nuevas todas las cosas” Is. 43

Hoy más que nunca ser Vida Religiosa que peregrina en Colombia, nos exige mirarnos como Dios nos mira, reconociendo las posibilidades que hay en toda expresión de vida y arriesgando nuestras zonas de confort y comodidad, por la intemperie y lo insospechado de los senderos del Reino.

Reconocer que Dios se complace en nuestra pequeñez y que en ella, y tal vez, por ella, crea y recrea, labora y hace posible la novedad que nos sorprende, en ocasiones nos preocupa y siempre nos salva: *“No tengas miedo. No te dejes vencer del desaliento. El Señor tu Dios está en medio de ti. Él te salvará”* Sof.3

Que este encuentro sea una prolongada “visitación” que nos impulse a conovernos hasta las entrañas, ante la situación de nuestro mundo que se debate en fundamentalismos que lo desangran. Conovernos por nuestras gentes que viven la crueldad de la pobreza y padecen la injusticia de un sistema que aplasta y devora. Y que como lo señala el Evangelio de la liturgia de hoy, reconozcamos que no es posible servir al Dios y al dinero. Que nos situemos del lado de los más pobres, de las víctimas, de los más pequeños y necesitados de misericordia.

Que podamos poner nuestra pequeña pieza, la partecita que nos corresponde en este gran puzzle de la fraternidad universal, de la utopia del Reino.

Y que el encuentro nos lance a decidirnos, al estilo de Jesús, por el amor y a la bondad como única posibilidad de existir cristianamente.

Que podamos mantener el corazón aferrado a Jesús, contemplarlo en el Evangelio y reconocerlo en la vida. Sabiéndonos llamados a permanecer en su amor y a comunicarlo.